

VICTOR RAUL HAYA DE LA TORRE

EL ANTIAPRISMO COMUNISTA

1

PUBLICACIONES DEL
Comando Nacional Universitario Aprista

LIMA · PERU

1960

UNMSM-CEDOC

Presentación

El calendario de las luchas políticas marca treinta años del surgimiento en el Perú del primer partido popular, revolucionario y democrático.

El Comando Nacional Universitario Aprista considera oportuno destacar en esta oportunidad la vigencia, cada vía más evidente, de la doctrina aprista. Y dentro de ésta resalta la clara posición que desde su origen tuvo el APRA frente al comunismo. Para conocimiento, especialmente de aquellos sectores de nuestra juventud que no han tenido oportunidad de conocer la doctrina aprista, publicamos el presente ensayo de Víctor Raúl Haya de la Torre. "El antiaprismo comunista" constituye el primer capítulo de su obra medular TREINTA AÑOS DE APRISMO.

El fundador del APRA demuestra documentalmente que, desde el ángulo de observación indoamericano, la posición de nuestro movimiento frente a los corifeos de Moscú ha sido invariable.

Este folleto será el primero de una serie que los apristas universitarios editarán como un aporte a la formación política del pueblo y de su juventud.

Lima, 21 de Setiembre de 1960.

Comando Nacional Aprista Universitario

El Antiapristismo Comunista

El APRA es un movimiento autónomo indoamericano sin ninguna intervención extranjera (De mi artículo *What is the Apra?* de *The Labour Monthly*, Londres, diciembre, 1926, vol. 8, Nº 12, p. 756, cit. en *El Antimperialismo y el Apra*, México, 1928, 2ª ed. Santiago de Chile, 1936, p. 33).

A lo largo de 25 años, el movimiento aprista ha debido arrostrar a tres poderosos adversarios: el feudalismo plutocrático en el campo nacional y el imperialismo y el comunismo en el internacional; en el Perú, la amalgama de los tres ha formado un empedernido frente reaccionario contra el cual los apristas hemos luchado y luchamos.

Como el orden en que acabo de presentar a los tres coaligados adversarios del aprismo no hace al caso —que los tres han sido y son a porfía encarnizados e inconciliables— vale comenzar por el comunismo. Y lo hago así por la obvia razón de que para no pocos la conocida postura antiaprista del comunismo resulta inexplicable.

Viene a guisa de lema de estas páginas una declaración que fue incluida en un artículo mío publicado en 1926 por la conocida revista **The Labour Monthly**, de Londres, bajo el título de **What is the Apra?**, en el cual explicaba muy a grandes rasgos al público británico —lector en gran número de ese vocero oficial del Partido Laborista—, lo que es el Apra. Al comentarla, más tarde, escribí, ya en 1928, en el capítulo II de mi libro **El Antimperialismo y el Apra**:

Desde el primer momento el Apra apareció como “un movimiento autónomo latinoamericano sin ninguna intervención extranjera”, como se dice en el artículo. Esta declaración significaba, sin lugar a dudas, que la nueva organización no estaba sometida, ni iba a someterse nunca, a la tercera, a la segunda, o a cualquiera otra internacional política con sede en Europa; y definía así su fisonomía de movimiento nacionalista, unionista y antimperialista indoamericano.¹

¹ V. R. Haya de la Torre: **El Antimperialismo y el Apra**, México, 1928, 2ª ed. Er-cilla, Santiago de Chile, 1936. Cap. II, pp. 45-46.

En aquel mismo libro de 1928 —y en el mismo capítulo II— compendio los fundamentos de esta autonómica acción aprista. La cual se respalda en nuestra originaria filosofía política que considera a “las características muy peculiares de América, social, económica y políticamente” y “su completa diferencia de la realidad europea”, consecuentemente, “la necesidad de enfocar los problemas americanos y especialmente los indo o latinoamericanos en su total extensión y complejidad”.² Y para concluir asevero —al historiar mis conversaciones con los líderes comunistas rusos en el verano septentrional de 1924—, cómo:

... estas opiniones, ya emitidas personalmente en charlas con Lunacharsky, Frunze, Trotsky y otros dirigentes rusos, me determinaron, después de una serena y muy minuciosa visita al gran país de los Soviets, a no ingresar al Partido Comunista, por creer, como creo, que no será la III Internacional la que ha de resolver los graves y complicadísimos problemas de Indoamérica...

Entiendo yo que convencidos de que por nuestra declaración proclamando al Apra como “un movimiento autónomo latinoamericano, sin ninguna intervención e influencia extranjera”, los comunistas perdieron totalmente sus esperanzas de captar el nuevo organismo: el Apra, así, no podía servir de instrumento al comunismo.³

Completo mis referencias sobre “el Primer Congreso Antimperialista Mundial que se celebró en febrero de 1927 en el Palacio de Egmont de Bruselas”, al cual asistí, y comento siempre en el contexto del capítulo II de **El Antimperialismo y el Apra**:

La influencia y el contralor del Partido Comunista resultaron inocultables en aquella asamblea que reunió a las más ilustres figuras del izquierdismo mundial. A pesar de la fuerte presión comunista y del ambiente de fácil optimismo, frecuente en tales asambleas, mantuvimos nuestra posición ideológica y el carácter del Apra como organismo político autónomo tendiente a constituirse en Partido. De nuevo el artículo de **The Labour Monthly** se leyó y comentó. En los debates nos opusimos a que-

² *Ibid.*, p. 46.

³ *Ibid.*, pp. 46-47.

dar incluidos bajo el comando de la Liga Antimperialista Mundial que, sabíamos, era una organización enteramente controlada por la III Internacional, **no para interés de la lucha antimperialista sino para servicio del comunismo.**⁴

Y después de hacer recuento de los debates de aquel Congreso y narrar sucintamente cómo logramos que en su asamblea final votara —tal lo hizo—, nuestra tesis de “los Cuatro Sectores” o zonas de influencia del imperialismo en Indoamérica —que aparece en mi libro **Por la emancipación de la América Latina** (Buenos Aires, 1927)— cierro la somera reseña de la participación aprista en el Congreso de Bruselas con este agregado:

Bruselas definió, pues, la línea teórica aprista y planteó bien claramente nuestras diferencias con el comunismo. Era de esperarse que desde entonces el Apra fuera blanco de críticas acerbadas. Para el comunismo no puede existir otro partido de izquierda que no sea el oficial de la III Internacional de Moscú, de ortodoxia stalinista. Toda organización política que no comanda Moscú debe ser execrada y combatida. Después del Congreso de Bruselas de 1927, lo fue el Apra.⁵

No olvide, quien se tome el trabajo de seguir ese capítulo, que la diferencia básica entre el aprismo y el comunismo arranca de un postulado normativo de nuestra filosofía: la disparidad de las evoluciones históricas de Europa y de Latino o Indoamérica y, consiguientemente, la diferencia de los problemas económico-sociales, europeos e indoamericanos. Partiendo de esta premisa —sin duda indisputable—, nuestra conclusión deviene clara: si los problemas económico-sociales de Europa e Indoamérica son diferentes, las soluciones deben también ser diferentes.

Esta tesis abona los siguientes conceptos que aparecen en el prólogo del mismo libro **El Antimperialismo y el Apra**, los cuales corroboran el enfoque histórico-social del aprismo y esclarecen mejor aún nuestra discrepancia de la concepción comunista:

...tanto el comunismo como el fascismo son fenómenos específicamente europeos, ideologías y movimientos determinados

⁴ **El Antimperialismo y el Apra**, p. 48.

⁵ **Ibid.**, p. 49.

por una realidad social cuyo grado de evolución económica está muy lejos de la nuestra. . . . Reconocer que la relación de Espacio y Tiempo para apreciar estas fases y grados de evoluciones, es imperativa. Y admitir que siendo las realidades diversas, diversos han de ser sus problemas y por ende las soluciones: en síntesis, ubicar nuestro problema económico, social y político, en su propio escenario, y no pedir de encargo para resolver las doctrinas o recetas europeas como quien adquiere una máquina o un traje. No reincidir en la palabrería demagógica de nuestros comunistas y fascistas criollos que sólo producen hasta hoy “lugares comunes de la mayor vulgaridad”.⁶

De aquí que el aprismo —tal queda planteado desde su fundación, y tal lo enuncia netamente mi libro de 1928, de cuyas páginas voy tomando estas citas para demostrar la consecuencia invariable de nuestra línea política con las ideas germinales de nuestra doctrina jamás abandonada— **no aceptó nunca el marxismo como un artículo de fe.** Vale decir a la manera de “los patriarcas criollos de la ortodoxia marxista”,⁷ para quienes ésta es un conjunto de “preceptos sacrosantos de un credo que ellos consideran absoluto, estático, inviolable”.⁸

Y en el mismo capítulo, del cual copio lo anteriormente entrecomado —que es el VI de mi libro de 1928— puntualizo, que si bien Plejanov había llamado al marxismo “toda una concepción del mundo”, “**concepción no es dogma, y en la concepción marxista el principio de la negación de la negación, es primordial y permanente**”.⁹ o sea que “todo fluye, se niega, deviene, todo está en eterno retorno. En éj se funda la dialéctica de la vida y de la historia”.¹⁰

De suerte que el marxismo no puede ser excepción de esa ley que es medular en su dialéctica, adoptada por la lógica hegeliana para aplicarla al materialismo histórico: lo que Engels dice de Hegel al recusarlo, apoyándose en los conocimientos del siglo XIX, cabe decirse de Marx a la luz de la revolución científica contemporánea: debe ser negado “como todas las creaciones del pensamiento y de la acción humanas”.¹¹ Por tanto, al considerar la doctrina aprista los prin-

6 Prologo, pp. 25-26.

7 El Antimperialismo y el Apra, Cap. VI, p. 117.

8 Ibid., p. 117.

9 El Antimperialismo y el Apra, p. 117.

10 Ibid., p. 117.

11 Las palabras entrecuadradas son de Frederick Engels: *L. Feuerbach und der Ausgang der klassischen deutschen Philosophie*, hie. 1888 —obra con varias ediciones en castellano bajo el título de *L. Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana*, Cap. I

cipios generales de la teoría marxista, no los abraza y profesa como verdad inconcusa. Recalca la advertidora salvedad de que ella fue enunciada **desde Europa y para Europa**, y la coteja y la confronta con las condiciones históricas y sociológicas de Indoamérica. Y niega, en consecuencia, lo que es preciso negar, y sólo acepta aquellas ideas aplicables por su validez universal, o las que significan contribuciones importantes a la ciencia económica. Así puede leerse en el mismo Capítulo VI:

La doctrina del Apra significa dentro del marxismo una nueva y metódica confrontación de la realidad indoamericana con la tesis que Marx postulara **desde Europa y como resultado de la realidad europea que él vivió y estudió a principios del siglo pasado**. Si aceptamos que Europa y América están muy lejos de ser idénticos, por su geografía, por su historia y por sus presentes económicos y sociales, es imperativo reconocer que **la aplicación global y simplista a nuestro medio de doctrinas y normas de interpretación europea deben estar sujetas a profundas modificaciones**. . . En lo que la interpretación de una realidad nueva, característica, complicada, como es la nuestra, tenga que negar o modificar los preceptos que se creyeron universales y eternos, se cumplirán las leyes de las contradicciones del devenir: la continuidad condicionada por la negación. Esta actitud del Apra plantea ya una total separación de los comunistas criollos, rendidos ante el **sancta sanctorum** de su fría ortodoxia, cuyo velo inmutable no se atreven a levantar ¹²

La **total separación** entre el aprismo y el comunismo es, como se ve, fundamental. Arranca de divergentes concepciones históricas. Para el comunismo los enunciados de Marx, concebidos en una región y en una época dadas —Europa en el siglo XIX— son irrecusables verdades de vigencia universal. Para el aprismo la concepción marxista es un antecedente histórico importante pero no inalienable; el cual está limitado y relativizado por las condiciones peculiares de su Espacio y de su Tiempo que son las que determinan su negación dialéctica al ser confrontado con una realidad diferente de la de Europa. Marx mismo declara en el prólogo de **Das Kapital** que su cam-

12. En este Capítulo VI de **El Antimperialismo y el Apra** quedó planteada nuestra tesis sobre la obligante aplicación del método dialéctico de Marx al propio marxismo como condición para comprenderlo. Cf. "Sinopsis filosófica del aprismo", en la revista **Claridad**, Buenos Aires, 1935; compilada en mi libro **Espacio-Tiempo-Histórico**, Lima, 1948; cf. en el mismo libro, "Diálogos para el escla recimiento", I.

po de observación había sido Inglaterra —la Inglaterra del capitalismo industrialista de mediados del siglo décimonono— y que del examen de la realidad inglesa había inferido sus “ideas teóricas” como “el físico ya observa el fenómeno físico donde él ocurre”.¹³ El “clásico suelo” del sistema capitalista es Inglaterra —añade Marx—, o sea el país que, en su época, por hallarse a la cabeza de desarrollo industrial era el prototipo de todos los demás. De aquí que en una generalización del alcance universalista el fundador del socialismo científico escribe en el mismo prefacio:

El país que está más desarrollado industrialmente, sólo enseña el camino de los menos desarrollados, la imagen de su propio futuro.¹⁴

O sea el dechado inglés. Lo cual fue un vaticinio **européista**, no cumplido, del proceso económico mundial. En el “espejo” —como algunos traductores vierten traslaticiamente la idea paradigmática de “imagen” de Marx— apenas se reflejó la representación del porvenir de muy contados países y de ninguno en exacta réplica. La evolución del capitalismo tomó inopinadas direcciones en los últimos cien años y algunas zonas no europeas del planeta prosperaron económicamente sin asemejarse en nada al singular modelo inglés.

Todo lo hasta ahora epitomado basta para esclarecer la divergencia de líneas doctrinarias entre el aprismo y el comunismo. Y descubre el motivo de la guerra sin merced que éste nos declaró desde la “Primera Conferencia Comunista Latinoamericana”, reunida en Montevideo del 1° al 12 de junio de 1929, cuya reseña oficial fue publicada en octubre de aquel año, en volumen de 382 páginas intitulado **El movimiento revolucionario latinoamericano** por la Editorial “La Correspondencia Sudamericana”, de Buenos Aires. El preocupado lector de estos temas —y su conocimiento es recomendable particularmente para los opinantes—, puede encontrar informaciones de interés en aquel mamotreto. Muchas de ellas, referentes a episodios o a conceptos mitad y mitad preteridos y desfigurados —de los que hoy dan pábulo eventual al tópico político— remanecerán elucidando no poco: se comprobará, por ejemplo, cómo el proyecto de José Carlos

13 Karl Marx: **Das Kapital**, I, 1867, del prólogo de la primera edición.

14 **Ibid.**

Mariátegui para crear un Partido Socialista Peruano —pág. 149 del volumen mencionado— fue opugnado y repelido por el concilio comunista de Montevideo de 1929; cómo se expresó el temor de que “bajo una nueva etiqueta tengamos en el Perú el resurgimiento del Apra” —pág. 101—, a la cual ya entonces daban por muerta... Y cómo el partido propuesto por Mariátegui —cuya exposición de motivos es por interesante muy recomendable de leer al cabo de tantos años en la precitada pág. 149— se le achacó “carácter confusionista”, amén de condenarlo bajo la fulminante e inapelable profecía de que iba a crear “graves dificultades” —pág. 188—. De esta suerte fue repudiado el presupuesto partido de Mariátegui. Y simultáneamente impartida la decisión de suplantarlo y de “crear un Partido Comunista ilegal, si no puede vivir y desarrollarse dentro de los marcos de la legalidad” —págs. 106 y 163—: con la reiteración del voto de “todos los camaradas que formamos el Secretariado Sudamericano, es decir, la opinión contraria a la formación del Partido Socialista” —pág. 187— ideado por Mariátegui. Todo lo cual aconteció al mediar el año de 1929, cuando apenas faltaban unos meses para el agravamiento y la muerte del ya muy enfermo autor ilustre de aquella obra fundamental de la sociología de Indoamérica: **Siete ensayos sobre la realidad peruana**.

Acredito con el supracitado testimonio bibliográfico oficial del Partido Comunista —al cual remito al lector cauteloso de no ser embaucado en estos temas— la verdadera historia del vituperado y excluido plan de José Carlos Mariátegui para fundar un partido socialista en el Perú. Y pienso que es tempestivo este esclarecimiento porque con falaces fines de propaganda —y ya **post-mortem**— se ha pretendido presentar a Mariátegui como fundador del Partido Comunista del Perú. Falacia que se explica por cuanto otros fueron los encargados de la tarea; de la cual han sido después inverecundos prodiutores.¹⁵

15 Es muy revelador repasar el prontuario biográfico de quienes entonces fueron cabecillas de la sección peruana de la III Internacional. Y es curioso comprobar cómo los tales no cambiaron su furente postura antiaprista al traicionar al Comintern que tan solícita y prolongadamente los había mantenido y amaestrado. Desertaron del comunismo para entregarse, ya sin ambages, a la servidumbre de la oligarquía y del gamonalismo —de los cuales, por otra parte, el grupo comunista ha sido y es fidelísimo aliado desde su fundación en el Perú—. Pero bajo el nuevo y lucroso patronazgo acrecieron el encono de su ademán anterior: éste fue bien tasado y retribuido por la plutocracia decadente, incapaz de darse a sí misma una organización política, pero lista a pagar al testaferrero mercenario y al renegado venal: sumisos e inescrupulosos instru-

Empero, lo que Mariátegui proponía —tal puede leerse en la página 149 del volumen comunista arriba referido— era una agrupación partidaria, bajo el clásico nombre “socialista” —secretamente afiliada a la III Internacional de Moscú—, pero no un “partido de clase”; el cual, según la exposición de motivos, sería inadaptable a la realidad peruana. El partido “socialista” ideado por Mariátegui se proponía afiliar a obreros, artesanos, profesionales, pequeños propietarios, estudiantes, etc., es decir, a gente de clases proletarias y medias, vale decir un partido de coalición popular. Y esto es lo que abiertamente, sin denominaciones de préstamo europeo y —sobre todo esto—, sin vinculación alguna con Moscú— había propugnado ya el Apra desde 1924 bajo una conformación más enteriza: la organización del Partido Aprista, democráticamente contexturado por el frente único de trabajadores manuales e intelectuales. Pues al discrepar del pretenseo trasplante comunista a Indoamérica del “partido de una sola clase”, de patrón europeo, el aprismo esgrimió argumentos hasta hoy no contradichos: entre otros, el de la inequivalencia de la clase proletaria de los grandes países capitalistas de avanzado industrialismo **que hace la máquina**, con la clase productora de los países coloniales o semicoloniales, cuyo incipiente industrialismo de materia prima o medio elaborada **no hace la máquina** —distingo fundamental sobre el que se ha de volver más adelante—.¹⁶ Y también, los diversos e inconfundibles grados de conciencia clasista, relativos a antiguos y capaces proletariados de países de alto grado de civilización, y a los de breve historia y desarrollo mucho más lento y rezagado. Por otra parte, el caracterismo inconvertible —tan reiteradamente indicado por las tesis apristas— de las clases medias urbanas y rurales, de Europa y de las de Indoamérica, y la indispensabilidad de incorporar a las nuestras al frente único popular aprista. Pues dichas clases son las primeramente afectadas por la expansión imperialista y de su seno han provenido excelentes guías y vigorosos movimientos ciudadanos en defensa de la emancipación económica de nuestros pueblos. Además, el aprismo había formulado un pronós-

mentos para el ejercicio del poder tiránico, y de la explotación inhumana. No creo haberme equivocado cuando escribí en 1928: “Es ese falso, liderismo de los comunistas criollos el que ha contribuido en mucho al rápido naufragio del barco bolchevique en nuestros mares” (*El Antimperialismo y el Apra*: Cap. II, p. 56).

16 *El Antimperialismo y el Apra*, op. cit. Prólogo a la 1ª edición, p. 21.

tico lógicamente inferido —aparece en **El Antimperialismo y el Apra**, Capítulo II, **infra**— y hasta ahora patentizado: el del fracaso de los partidos llamados “de clase” que, a partir de 1919, la Internacional Comunista se obstinó en exportar de Europa e implantar, calcados, en Indoamérica. Pronóstico que conllevaba otro, acaso demostrado también: que sólo por la acción de un frente político de clases afines se posibilitaría un movimiento democrático, antifeudal y antimperialista eficiente en Indoamérica. Con tales argumentos escribí en 1928:

El Partido Comunista es ante todo un partido de clase. . . Y el Partido Comunista además de ser un partido de clase, exclusivo, cuyo origen ha sido determinado por las condiciones económicas de Europa, muy diversas de las nuestras es un partido único, mundial —no una federación de partidos—, cuyo gobierno supremo y enérgico se ejerce absoluta y centralizadamente desde Moscú.

Los países de Indoamérica no son países industriales. La economía de estos pueblos es básicamente agraria o agrícola-minera. Examinense las estadísticas. El proletariado está en minoría, en completa minoría, constituyendo una clase naciente. Son masas campesinas las que predominan dando una fisonomía feudal o semifeudal a nuestras colectividades nacionales. Un partido de clase proletaria únicamente es un partido sin posibilidades de buen éxito político en estos pueblos. No olvidemos la experiencia histórica: en los 3 ó 4 países donde se han formado partidos comunistas, encontramos casos parecidos al de la Argentina, donde la sección de la III Internacional, una de las más antiguas, se ha dividido en dos fracciones inconciliables, cuya lucha es tenaz y enconada. . . Hay más, el comunismo argentino se ha dividido antes de haber alcanzado una sola representación en el Parlamento de Buenos Aires en tantos años. . . En la mayoría de nuestros países la poca importancia del Partido Comunista no necesita exagerarse para reconocer que es mínima. . .¹⁷

Sólo para poner de relieve lo que, en virtud del decurso de los años, ha resultado un cumplido vaticinio, y que ello se debe a una ya aducida razón obvia —haber observado la realidad indoamericana **desde** Indoamérica y **no** desde Europa —citaré unas cuantas líneas más: en el capítulo II de mi libro de 1928 quedaron expuestas otras

17 **El Antimperialismo y el Apra**, Cap. II, p. 54.

opiniones referentes a lo que fue palenque argumental de nuestros debates en el Congreso Antimperialista de Bruselas de 1927 antes mencionado: a la denotación del fenómeno del imperialismo en Indoamérica y, especialmente, a la problemática impar de las relaciones interamericanas que él depara. Todo lo cual concierne a la incompatibilidad de las circunstancias de nuestro acontecer económico social en este lado del mundo con las que lo tipifican en Europa y en otros continentes. Y, atañen, por tanto, a una premisa doctrinaria aprista: la cual comprueba que los objetivos de nuestro enfrentamiento indoamericano al imperialismo no son identificables con los de Moscú; poder imperial también. Por manera que el Partido Comunista como instrumento político de aquel poder, a cuyo servicio exclusivo se halla, no sería capaz de liberar a Indoamérica del peligro imperialista. Y que las ruidosas "Ligas contra el Imperialismo", organizadas por los agentes de Moscú, estaban destinadas a fracasar y a perecer como fracasaron y perecieron sin lograr nada: todo lo cual fue predicho por lógica inferencia:

¿Será el Partido Comunista con sede y gobierno independiente en Moscú el que conduzca a Indoamérica a su victoria contra el Imperialismo? ¿Reflexionemos sobre un mapa del mundo, ante una historia de nuestros pueblos, y con honrada conciencia de nuestra realidad!... El Partido Comunista en Indoamérica carece de fuerza para conducir la lucha antimperialista. Ni en nombre de la III Internacional, ni en nombre de su Liga Antimperialista Panamericana o de las Americas, condenada al fracaso, podrá nada. La fuerza de la corriente antimperialista es en nuestros pueblos más antigua que la III Internacional y más vasta que los exclusivismos de su partido de clase. Para que una clase social en Indoamérica fuese capaz de dirigir victoriosamente, por sí sola, a nuestros pueblos a la lucha antimperialista, tendría que llegar a la condición que Marx señala para la efectividad del comando clasista en una revolución: "Para que la emancipación de un pueblo coincida con la emancipación de una clase dada dentro de una sociedad burguesa, es necesario que esa clase como tal represente al total de la sociedad". Y éste justamente no es el caso de nuestra naciente clase proletaria y, menos aun, de nuestro endeble Partido Comunista en Indoamérica, que ni siquiera representa el movimiento antimperialista —que es y debe ser un movimiento de Frente Único— demanda, por lo tanto, una organización política de Frente Único

también. Las Ligas Antimperialistas **no** bastan y el Partido Comunista **sobra**.¹⁸

Casi diez años después de escrito lo anterior, los comunistas aprendieron a regañadientes la dura lección. Como un desesperado recurso defensivo ante la pululante penetración internacional del otro imperialismo nazi-fascista, se vieron compelidos a reconocer su impotencia, y se decidieron por los efímeros "frentes populares". Estos, no embargante su transitoriedad, hicieron más sobresalientes los contrastes —tan ostensibles en nuestros países— entre la ineptitud del pomposamente llamado "partido de clase", de control foráneo, y la mayor vigorosidad de los conglomerados o coaliciones partidarias nacionales. Aunque sea cierto, también, que el frente único o popular de partidos —sujeto a la influencia de Moscú—, no señala por sí solo el camino adecuado, realista, para un estable afrontamiento de los vitales problemas de los pueblos aislados y económicamente débiles, en sus relaciones con los confederados e industrialmente poderosos. Pues sólo el **partido de frente único** de trabajadores manuales e intelectuales democrático, orgánico, coherente —exento del tutelaje europeo— tal cual el Apra lo propone, puede acometer en Indoamérica la empresa histórica de resistir con ventaja la demasia de los Estados fuertes y de asegurar, para los inermes, emancipación, convivencia y justicia.

Al terminar este compendioso recuento de las primeras etapas de la lucha del comunismo contra el Apra —enconada y pertinazmente mantenida hasta hoy— dejo el tema para retomarlo de paso, más adelante. Lo haré cuando sea preciso memorar cómo el comunismo criollo se alió para combatirnos, no sólo con la reacción feudal-plutocrática nativa, sino que también, y especialmente, con los activos grupos nazi-fascistas, encamisados de diferentes colores, cuya proliferación acreció tanto en nuestras tierras desde 1933. Lo cual vale tomar en cuenta, porque tal hecho demuestra que aquí en Indoamérica se produjo virtualmente la alianza nazi-comunista antes de que Stalin y Hitler la sellaran el 23 de agosto de 1939, pacto que el aprismo denunció como el frente totalitario "de la Internacional Roja con la Internacional Negra".

18 El Antimperialismo y el Apra, p. 59.

Y la adelantada explicación de aquel paradójico contubernio criollo en el caso de la ofensiva comunista y fascista contra el Apra, no la hemos de hallar únicamente en el hecho de que nuestro movimiento es en su integridad democrático, y, como tal, antitotalitario. Más hondamente, en la *raison d'être* de esta divergencia, se halla el divorcio de dos inconciliables líneas filosóficas, cuyo significado ilumina un difundido juicio de Luis Alberto Sánchez:

El aprismo... tiene mucho mayor significado que el de una simple teoría social y un partido político: tiene la revisión y la interpretación total de la vida indoamericana.¹⁹

“Revisión” e “interpretación” que desde 1924 —inspiradas por el movimiento precursor registrado en la Historia de Indoamérica como **La Reforma Universitaria**, a cuya referencia he de llegar— invoca nuestra emancipación del “colonaje mental” de Europa.

Contra esa actitud de la conciencia aprista se aprestaron todos los vasallos criollos del europeísmo anclados en su subordinación. No importó que fuesen fascistas o comunistas, conservadores o radicales. Por sobre toda línea de separación ideológica prevalece el tajante deslinde entre nosotros y quienes no han concebido nunca a la vida social, cultural y específicamente política de Indoamérica desenvolviéndose liberada de algún patronazgo tutelar europeo.

En el mismo libro de 1928 —repetidamente usado aquí como hito referencial para documentar el indesviable derrotero de una marcha siempre proseguida— escribí estas líneas entonces inauditas:

Nuestro doctrinarismo político en Indoamérica es casi todo de repetición europea. Con excepción de uno que otro atisbo de independencia y realismo, filosofía y ciencia de gobierno, jurisprudencia y teorización doctrinaria, no son en nuestros pueblos sino plagios y copias. A derecha e izquierda hallaremos la misma falta de espíritu creador y muy semejantes vicios de inadaptación y utópico extranjerismo. Nuestros ambientes y nuestras importadas culturas modernas no han salido todavía de la etapa prístina del trasplante. Con ardor fanático hacemos nuestros.

¹⁹ Luis Alberto Sánchez: *Nueva historia de la literatura americana*, 5ª ed., Asunción del Paraguay, 1950, pp. 538-539.

sin ningún espíritu crítico, apotegmas y voces de orden que nos llegan de Europa. Así, agitamos féroces, hace más de un siglo, los lemas de la Revolución Francesa. Y así podemos agitar hoy las palabras de orden de la Revolución Rusa o las consignas inflamadas del fascismo. Vivimos buscando un patrón mental que nos libere de pensar por nosotros mismos. Y aunque nuestro proceso histórico tiene su propio ritmo, su típico proceso, su intransferible contenido, lo paradójico es que nosotros no lo vemos o no queremos verlo. Le adjudicamos denominaciones de prestado o lo interpretamos antojadizamente desde ángulos de visión que no son los nuestros. Esto nos ha llevado a la misma falsa seguridad de los que durante siglos creyeron que la Tierra estaba quieta y que el Sol que era el que giraba en torno de ella. Para nuestros ideólogos y teóricos de **derecha a izquierda**, nuestro mundo indoamericano no se mueve, es el sol europeo el único que gira. Para ellos nuestra vida, nuestra historia y nuestro desarrollo social sólo son reflejos y sombras de la historia y desarrollo de Europa. No conciben, por eso, sino estimularlos y medirlos, denominarlos y seguirlos de acuerdo con la clasificación histórica y las normas políticas que dicta el Viejo Mundo.

Este **colonialismo mental** ha planteado un doble extremismo dogmático: el de los representantes de la clase dominante —imperialista, reaccionario fascista— y el de los que llamándose representantes de las clases dominadas vocean un lenguaje revolucionario ruso que nadie entiende. Sobre esta oposición de contrarios, tesis y antítesis de una teorización antagónica y prestada, el Apra erige como síntesis realista su doctrina y su programa ²⁰

Esa doctrina y ese programa se articulaban en una filosofía de emancipación integral cuyas ideas informan la trayectoria de nuestro movimiento, destinado a promover la independencia de los pueblos indoamericanos por obra de ellos mismos:²¹ independencia económica, social y política pero esencialmente cultural. Del legado de la civilización europea —cuyo crepúsculo fue previsible a partir del año decisivo de 1918—, Indoamérica debía recoger los valores universales perdurables de la cultura, y decidirse a buscar sus propios caminos: “**Indoamérica debe aprovechar la experiencia de la historia pero sin caer en la imitación servil**”, era nuestro lema: “El Apra..

20 El Antimperialismo y el Apra. op. cit., pp. 131-132.
21 Op. cit., Cap. IV, p. 94.

aprovecha la experiencia de la historia, la verifica en nuestro suelo y, desechando críticas absurdas, se afirma realísimamente en la dialéctica de los hechos".²²

Como es de presumir —y más aún en aquellos años del 24 al 28— los comunistas nos consideraron herejes y blasfemos: para ellos Europa debía seguir rigiendo, omnipresente y absoluta, la conciencia colonial de nuestros pueblos. Y si antes fueron España, Portugal, Inglaterra, Francia o Roma los imperios rectores, ahora debía ser Moscú.

²² Op. cit., Cap. III, pp. 16-17.